

EX CRECIMIENTO

Cuando se inició la construcción de la conexión vial Rosario-Victoria, asumí una actitud crítica hacia lo que implicaba el proyecto en términos de impacto ambiental. Promoví una serie de conferencias que desarrollamos en el taller de Análisis Proyectual I y II, en las que varios especialistas expusieron argumentos y datos que revelaban la debilidad del proyecto en ese punto. Abordamos el proyecto de un centro de protección ambiental, localizado en el arroyo Barrancoso, experiencia didáctica que expusimos en el VII Congreso Arquisur, realizado en Rosario en octubre de 2003. Es pertinente recordar que el título del VII Congreso, “Las ciudades y el Agua”, hacía alusión a las catastróficas inundaciones que afectaron a la ciudad de Santa Fe en abril y mayo de ese mismo año.

Las vueltas de la vida me condujeron casi sin darme cuenta a convertirme en partícipe activo de la construcción de ese puente. Quedé enredado en mi propia trampa, porque mientras recelaba de ese puente, mi veta ingenieril disfrutaba plenamente participando de su construcción. A partir de lo que viví, y de los relatos de terceros, fui construyendo otra imagen de la isla, comprendiendo su dinámica, que el inolvidable Chaco Müller nos describe en La isla:

Fue un bajo, después laguna/ con el tiempo se hizo isla/ el río le fue arrimando/ tierra y agua, sauces, vida/ Don Pedro la vio creciendo/ mientras sus hijos crecían.

Se van yendo río abajo/ esos hijos de la Luisa/ -Hay que entender esta vida/ sabe, mozo (me decía)/ -Siempre algo nos da este río/ pero hay veces que nos quita.

1 Chaco Müller. Monedas de sol. Rosario, :e(m)r; ediciones musicales rosarinas, 1998.

Y el río pasa/ lleva/ algo nos deja/ y algo se va.¹

De todas las noches, nunca voy a olvidar aquella de mayo de 2003 en que se encendieron por primera vez todas las luces de la estación de peaje de la isla La Deseada. El ámbito en el que miles de chajás, espátulas, garzas, hocos, ipacaás, junqueros -que había aprendido a reconocer-, habían anidado por miles de años se modificó definitivamente, ya que nunca más habría noche. Habíamos llevado a la otra orilla nada menos que el día de 24 hs., propio del paisaje urbano contemporáneo. Habíamos modificado irreversiblemente un fragmento del paisaje de la isla. ¿Los pájaros? Bueno: luego de varias noches en las que no pudieron anidar, confundidos por la luz y agotados de revolotear, decidieron migrar.

Cuando Ana Valderrama me pidió que escribiera un texto de cierre, advertí que tenía la oportunidad de poner en evidencia algunas cuestiones estructurales relacionadas con la enseñanza del diseño en el contexto específico de la Universidad Nacional de Rosario. Por lo tanto el objeto de este texto no es la tesis misma sino la publicación en Matéricos Periféricos, de los experimentos y las especulaciones a que dio lugar su proceso de desarrollo. Los textos precedentes explican el concepto de paisaje, desarrollado en extenso en la tesis, y expone la condición de los humedales del Acuífero Guaraní, como contexto local de actuación de esas “otras” experiencias.

La otredad de las experiencias alude a la otra orilla del río. Posicionados en la estable margen derecha del Paraná, observamos la margen izquierda, y advertimos que la otredad es aquello que nunca fuimos o a donde nunca fuimos, o que no queremos ser o a donde no queremos ir, aun cuando eso

sea consecuencia del desconocimiento y el pre juicio, y con el conocimiento cambiemos nuestra opinión, es decir, nuestra conducta. Porque el reconocimiento y la aceptación de la diferencia como condición natural constituyen el paso primero e ineludible para intentar una intervención sostenible desde el diseño.

El segundo paso sería comprender el concepto de paisaje. Me refiero a ese concepto de paisaje que opone lo estable a lo dinámico en alusión a la propia inestabilidad de los humedales, concebidos sabiamente por la naturaleza como amortiguadores de las crecientes y reservorios de las bajantes. De ahí que el ideal estático, más propio de la llanura pampeana, no pueda extrapolarse a la otra orilla, soslayando la condición natural de inestabilidad, y lo que es aún más importante, el hecho de que esa condición no debería ser modificada por el hombre, por pre suponer que es imperfecta o incompleta.

En septiembre de 2014, un grupo de docentes y estudiantes de ingeniería provenientes de la Universiteit Twente², con sede en Holanda, visitaron la UNR en el marco de un viaje de estudios que incluyó en su itinerario Argentina y Uruguay. Los visitantes, interesados específicamente en conocer el manejo de los recursos hídricos del Paraná y del Uruguay, y las áreas inundables de estos ríos, fueron introducidos en el tema por Ana Valderrama, quien aceptó inmediatamente cuando le propuse dictar una conferencia, en inglés, y en el SUM de la FAPyD. ¿Por qué involucré a Ana en este tema? De acuerdo a los contactos previos que habíamos tenido con la Universiteit Twente, el grupo deseaba conocer la conexión vial – incluido el famoso puente- desde una perspectiva técnica, básicamente ingenieril, y para ello contaron con la asistencia de docentes del Departamento de Hidráulica de la FCEIA, que estudian el impacto de la

2 <http://www.utwente.nl/>

3 Serge Latouche. Límite. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2014.

conexión vial. Los holandeses son especialistas en la construcción de terraplenes. Con ese método hicieron estable y habitable el territorio conocido como Países Bajos. Pero Argentina no es Holanda, y los terraplenes afectan a los humedales, y con ello a los precaristas, habitantes de las islas que viven, fundamentalmente, de los recursos ictícolas. Nuestro objetivo era presentarles una visión integral del tema, poniendo a la conexión en contexto, exponiendo las disrupciones que produce el ex crecimiento, concepto que Serge Latouche³ define como el “crecimiento que supera la huella ecológica sustentable”. En efecto, el sistema acuífero está perdiendo su capacidad de adaptación a las disrupciones, que provocan los terraplenes legales e ilegales que se construyen para adecuar áreas para la producción agrícola-ganadera. Y la pérdida de resiliencia se acrecienta con la proximidad a la conexión vial, porque esta facilita el acceso al humedal.

De acuerdo a los reportes publicados por la Universiteit Twente⁴, los visitantes quedaron fuertemente impresionados por las magnitudes del puente como del acuífero, y el área de 15,000 km² sobre el que esta impacta, en la visita desarrollada en la tarde del 24 de septiembre, destacando la importancia de la conferencia matinal en tanto les permitió abordar el reconocimiento desde una visión multidimensional.

Este episodio aislado ratifica mi convicción acerca de la necesidad de abordar la resolución de problemas de diseño desde perspectivas multidisciplinarias integrales, tanto en ingeniería como en arquitectura, y la necesidad de incorporar definitivamente el concepto del límite ecológico. Estas dos condiciones se verifican en los experimentos y las especulaciones relatadas en los nueve capítulos de Formless Accident, y especialmente en el Seminario Habitar el Acuífero Guaraní, Workshop

4 <http://latinlinks.nl/excursion-reports/>

internacional realizado en la FAPyD en 2014. Desde la perspectiva didáctica, el valor de estas experiencias reside en el abandono que hacen de las categorías tradicionales que han caracterizado al diseño del paisaje, desde el momento en que se concibió la idea de que la naturaleza podía ser perfeccionada, partiendo de la creencia de que esta es imperfecta. Precisamente este tipo de creencias es la que es necesario abandonar. Apenas iniciada la lectura de *Lapsarian Landscape* me había impactado la frase “Abandonar los ideales estáticos en favor de incertezas dinámicas”. Y es porque creo que en ella se sintetiza la idea que intento expresar.

La arquitectura, como la estudiamos y la enseñamos en la UNR, sigue siendo entrado el siglo XIX una disciplina que se caracteriza por un bajo nivel de especialización, a diferencia de la ingeniería, por citar al pariente más cercano. En tanto el urbanismo tiene un status propio, opera en ámbitos multidisciplinarios con métodos específicos para abordar la resolución de problemas de proyecto y de gestión, y todo ello cada vez más centrado en la dimensión política que la técnica, el diseño del paisaje aparece aun como un tema menor. Ello sin duda es producto del concepto tradicional de paisaje, como lo diseñado y mantenido (el jardín, por tanto algo menor), en el que la naturaleza (el desierto o la selva inconmensurables) no tiene cabida excepto para transformarla en espacio productivo, incluso a costa de su exterminio. Precisamente por la amenaza que se cierne sobre ese paisaje natural es que la FAPyD debería asumir el desafío, capitalizar experiencias y avanzar, en el mediano plazo, hacia una carrera de diseño del paisaje, ideológicamente superadora de la concepción de la modernidad occidental, refractaria a reconocer cualquier límite, incluso ecológico.

Pero si los experimentos y especulaciones en terrenos inestables demandan métodos de proyecto y de construcción diferentes a los empleados en terrenos estables, los proyectos educativos no pueden fundarse en incertezas dinámicas. Las estrategias didácticas demandan un

grado de certeza que permita establecer objetivos y expectativas con razonable precisión, y un contrato pedagógico entre los docentes y los alumnos objetivable, sin olvidar los mecanismos de acreditación de las competencias. De ahí que los pares opositivos que se manifiestan con total contundencia en la definición del concepto de paisaje, no resulten extrapolables a la didáctica del diseño del paisaje ni arquitectónico. Necesitamos establecer esa relación negociada a la que alude Ana, entre el hombre y el paisaje. Y para ello es necesaria una formación ética, técnica y estética en la especificidad del diseño del paisaje. Paisaje entendido en los términos de *Formless Accident*. De lo contrario, creo pertinente citar el teorema del alga verde, por lo que pudiera pasar:

Un día una pequeña alga se instala en un estanque enorme. Aunque su crecimiento anual es rápido –según una progresión geométrica de factor dos-, nadie se preocupa hasta que ha colonizado la mitad de la superficie, entrañando, desde ese momento, una amenaza de utrofización, es decir, de asfixia de la vida subacuática. Porque si al alga le ha tomado varias décadas llegar a ese punto, le bastará solo un año para provocar la muerte irremediable del ecosistema lacustre.